

DESPERTA FERRO EDICIONES

Cuando estadounidenses y alemanes lucharon juntos contra las SS

La realidad supera a la ficción en *La última batalla*, una trepidante historia de coraje y sacrificio desinteresado meticulosamente documentada y brillantemente narrada por su autor, Stephen Harding, que nos descubre uno de los episodios más insólitos y olvidados de la Segunda Guerra Mundial. Una emocionante y humana historia alabada por la crítica internacional que pronto verá su adaptación cinematográfica.



La última batalla. Cuando estadounidenses y alemanes combatieron juntos contra las Waffen-SS

978-84-129810-3-2

248 páginas

15,5 x 23,5 cm

Rústica con solapas

P.V.P. 25,95 €

4 de mayo de 1945. Hitler está muerto y del Reich de los mil años quedan poco más que escombros humeantes y una indeleble huella de dolor. Ningún soldado quiere ser el último hombre muerto en acción contra los nazis, pero a algunos todavía les queda pelear una última batalla. En el castillo de Itter, enclavado en un idílico valle austriaco, un grupo de destacados prisioneros de guerra franceses espera con ansiedad el final de la contienda. Hacia allí se dirige un fanático contingente de las Waffen-SS dispuesto a liquidarlo, aunque enfrente tendrá un inverosímil enemigo: un puñado de tanquistas estadounidenses luchando codo con codo con soldados de la Wehrmacht. Stephen Harding narra en *La última batalla* la increíble historia del combate más extraño de la Segunda Guerra Mundial, una acción desesperada llena de valentía asombrosa, sacrificio y suspense trepidante y con un final digno de Hollywood.

«Un libro extraordinario, pide a gritos un Spielberg para llevarlo a la pantalla».

Jacinto Antón, *El País*

«Una poco conocida, pero fascinante, historia revivida con brillantez».

Alex Kershaw, autor superventas de *The Liberator*



Stephen Harding es autor de nueve libros, entre ellos el superventas del New York Times *La última batalla* (Desperta Ferro Ediciones, 2025), que está en producción para ser una gran película, y *The Castaway's War*, que posiblemente también lo sea, así como de cientos de artículos para revistas especializados en temas militares, aeronáuticos y marítimos. Como periodista de guerra, Stephen Harding ha cubierto conflictos en Irlanda del Norte, Oriente Medio y, más recientemente, en Irak. Actualmente es el editor en jefe de la revista *Military History* y vive en el norte de Virginia.

En librerías el miércoles 30 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE *LA ÚLTIMA BATALLA*

«Steven Spielberg, ¿cómo has podido perderte esta historia? Parte *Los cañones de Navarone*, parte *El desafío de las águilas*, esta historia es tan emocionante como inverosímil, pero, a diferencia de esas emblemáticas películas bélicas, cada palabra de *La última batalla* es cierta».

Andrew Roberts, *The Daily Beast*

«Una historia tan cautivadora como inconcebible. *La última batalla* demuestra que la verdad puede ser más extraña que la ficción, especialmente en la guerra. Bien documentado y bien contado».

Rick Atkinson, autor de *El día de la batalla*

«¡Un libro apasionante! Harding ha resucitado esta inverosímil historia».

San Diego Union-Tribune

«Un buen relato del heroísmo y la cobardía, de las rencillas y del sacrificio desinteresado. Si Hollywood no corre a hacer de él una película épica, eso que se pierde».

Roanoke Times

«Desde luego, digno de Hollywood».

WWII History Magazine

«Un libro con una narrativa tan hollywoodiense que solo le queda esperar que suceda».

America in WWII

«Stephen Harding actúa como un rayo láser directo al detalle esencial de la trama. Es un buen escritor y, lo más importante, sabe reconocer una buena historia».

Alan Furst, autor superventas de *Estrella oscura* y *Soldados de la noche*

«Brillantemente narrada, meticulosamente investigada y repleta de héroes y villanos de proporciones épicas. *La última batalla* es muy convincente. No podía parar de leer».

Patrick K. O'Donnell, autor superventas de *Dog Company*

«*La última batalla* combina una buena historia con una buena manera de contarla. Harding escribe con la habilidad y el talento de un novelista y a la vez con la autoridad de un historiador».

John C. McManus, autor de *September Hope*

DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Narrativa cinematográfica

La última batalla de Stephen Harding se caracteriza por su estilo narrativo, que se asemeja a un guion de película de Hollywood. Esto lo hace accesible y atractivo para los lectores, combinando una buena historia con un relato envolvente.

Una historia real

La obra relata un evento poco conocido de la Segunda Guerra Mundial, donde estadounidenses y alemanes lucharon juntos contra las Waffen-SS para salvar a un grupo de VIPs franceses de la ejecución, y que proporciona una perspectiva única sobre la guerra.

Investigación minuciosa

Harding se destaca por su meticulosa investigación, lo que otorga al libro una base sólida de hechos históricos. Los detalles precisos y la profundidad de la trama ofrecen una experiencia educativa, además de entretenida, para los lectores interesados en la historia militar.

Personajes memorables

El libro presenta una serie de personajes memorables, tanto reales como ficticios, que enriquecen la narrativa. Desde los soldados estadounidenses hasta los prisioneros franceses, cada uno aporta una dimensión humana a la historia, reflejando el heroísmo y la complejidad del conflicto.

Un final impactante

La última batalla se desarrolla en el castillo de Itter, donde se lleva a cabo un combate decisivo. Este enfrentamiento no solo es significativo por su contexto histórico, sino que también sirve como un punto culminante emocional que resalta el sacrificio de los involucrados.

LOS PROTAGONISTAS EN LA ÚLTIMA BATALLA



Corpulento, robusto y combativo, **Édouard Daladier**, a sus 61 años, era el más joven de los tres vips cuya llegada al castillo de Itter, el 2 de mayo de 1943, significó la apertura oficial del castillo como prisión. National Archives.



Enviado al castillo de Itter en mayo de 1943, **Paul Reynaud** descubrió horrorizado que le había precedido su archirrival político, Édouard Daladier. No obstante, se tranquilizó al encontrar en el castillo unas condiciones mucho mejores que las que había experimentado en el campo de concentración de Sachsenhausen. National Archives.



A pesar de que **Michel Clemenceau** fue un admirador de Pétain, este criticó abiertamente la, en su opinión, predisposición colaboracionista del anciano general hacia los alemanes. Las opiniones de Clemenceau atrajeron pronto la atención de la Gestapo y, en mayo de 1943, fue arrestado. Su actitud serena cuando llegó al castillo de Itter llevó a Reynaud a observar que la «inquebrantable confianza» de Clemenceau tranquilizó al resto de internos. National Archives.



Militar de carrera, tres veces condecorado por su valentía en combate contra los enemigos de su nación, el *Major* de la *Wehrmacht* **Josef «Sepp» Gangl** optó, por voluntad propia, por arriesgar la vida para ayudar a «Jack» Lee a rescatar a un grupo de vips franceses mal avenidos atrapados en un castillo austriaco de cuento de hadas. National Archives.



Durante la mayor parte de su carrera militar, el *SS-Hauptsturmführer* **Kurt-Siegfried Schrader** fue la personificación del oficial comprometido con la causa de los *Waffen-SS*. Sin embargo, prefirió compartir la suerte de Lee, Gangl y de los prisioneros franceses del castillo de Itter. National Archives, cortesía de John Moore.



Durante los cuatro años que pasó en la Universidad de Norwich, Vermont, **John Carey Lee jr.** destacó por su talento para el fútbol americano y por ser un excelente jinete. Aquí le vemos el 11 de mayo de 1942, el día que se graduó y recibió su despacho de alférez de caballería. Imagen cortesía de Robert D. Lee.

SUMARIO

La última batalla explicado por Stephen Harding



La última batalla es la inverosímil historia de un pequeño grupo de tanquistas del ejército estadounidense que unieron fuerzas con soldados alemanes para combatir contra las fanáticas tropas de las Waffen-SS que pretendían capturar un castillo austriaco y ejecutar a las irascibles personalidades francesas encarceladas allí. Es una historia de aliados improbables, de valentía y cobardía, de combates desesperados entre enemigos implacables, de humor inesperado, de patetismo e incluso romance. Y es totalmente real. En pocas palabras, no se trata de un libro de historia militar al uso.

Basado en historias oficiales estadounidenses, alemanas y francesas, memorias personales y entrevistas del autor con varios de los participantes clave de la historia, *La última batalla* narra el enfrentamiento de mayo de 1945 por el castillo de Itter, en el Tirol austriaco, durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial en Europa; Hitler ya había muerto, el Tercer Reich era poco más que escombros humeantes y ningún soldado quería ser el último en morir. Pero cuando el comandante alemán Josef «Sepp» Gangl –un oficial de la Wehrmacht condecorado por su valentía en Normandía– se presentó con una bandera blanca, ofreciéndose a dirigir un destacamento estadounidense tras las líneas alemanas hasta el castillo-prisión para ayudar a salvar a los cautivos franceses en peligro, el teniente Jack Lee y sus hombres se ofrecieron voluntarios para la arriesgada misión.

Lee, un exjugador universitario de fútbol americano del norte del estado de Nueva York, que mascaba puros, hablaba con rudeza, bebía mucho y era muy agresivo, había encontrado su lugar en la guerra:

le encantaba matar alemanes. Y a él y a sus hombres se les daba bien; se habían abierto camino a través de Francia, Alemania y Austria, batiendo en el proceso a algunas de las mejores unidades de la Wehrmacht y las Waffen-SS. Pero Lee también era pragmático: cuando apareció Sepp Gangl con su historia de peces gordos franceses que necesitaban protección desesperadamente, el tanquista estadounidense se dio cuenta de que no tenía suficientes hombres para ir a la carga en una misión de rescate a través de una campiña todavía plagada de unidades enemigas aguerridas. Así que, tras considerar rápidamente al condecorado oficial alemán como un compañero de guerra y un hombre que ya había aceptado la derrota de su nación, Lee permitió que Gangl y sus doce hombres conservaran sus armas y los añadió a su fuerza de rescate reunida apresuradamente. Lee también recogió a cuatro soldados de infantería estadounidenses.

Llegar al castillo de Itter fue todo un reto. La carrera campo a través llevó a Lee y a su equipo políglota –montado en cuatro tanques M4 Sherman y en el camión Opel de Gangl– a través de pueblos en ruinas llenos de francotiradores enemigos, de puentes ya preparados para la destrucción y de emboscadas de las Waffen-SS. Lee dejó tres de sus tanques por el camino para vigilar intersecciones clave, y él y sus veinticuatro hombres –nueve estadounidenses y quince alemanes «domesticados»– se precipitaron a la seguridad del castillo y directamente a los brazos de los agradecidos franceses.

Sin embargo, la calidez de la bienvenida gala se desvaneció rápidamente cuando las personalidades

francesas se dieron cuenta de que Lee y sus hombres no eran la vanguardia del ejército estadounidense. Los franceses tampoco se alegraron de ver a Gangl y a sus hombres; la precipitada marcha de los guardias de las SS del castillo horas antes había provocado una alegre celebración entre los antiguos prisioneros, y la repentina aparición de tropas armadas de la Wehrmacht – incluso «domesticadas», aliadas de los estadounidenses– fue una sorpresa extremadamente desagradable. Mientras Gangl se esforzaba por ser cortés y complaciente con los franceses, Lee se mostraba como siempre. El ex primer ministro francés Édouard Daladier, uno de los catorce prisioneros, recordó más tarde al oficial estadounidense como «grosero tanto en su aspecto como en sus modales», y resopló: «si Lee es un reflejo de la política de Estados Unidos, Europa lo va a pasar mal».

La actitud agria de Daladier no estaba reservada únicamente a los descarados carristas estadounidenses; de hecho, él y sus compañeros prisioneros VIP habían pasado la mayor parte de su cautiverio incordiándose unos a otros. Aunque todos eran franceses, los cautivos de Itter no podían ser políticamente más diversos ni de peor carácter. Los ex primeros ministros Daladier y Paul Reynaud se despreciaban mutuamente, al igual que los generales Maurice Gamelin y Maxime Weygand; el coronel François de La Rocque, líder de un grupo de veteranos franceses de extrema derecha, no soportaba a Léon Jouhaux, jefe del mayor movimiento sindical de Francia; y Jean Borotra, un famoso campeón de tenis de preguerra conocido como «el vasco saltarín», era rechazado por varios de los demás porque había servido brevemente en el gobierno colaboracionista de Vichy. Entre los demás prisioneros se encontraban Michel Clemenceau, industrial e hijo de Georges Clemenceau, famoso primer ministro de Francia durante la Primera Guerra Mundial; Marcel Granger, resistente y pariente del general de la Francia Libre Henri Giraud; la hermana y el cuñado del general Charles de Gaulle; la esposa de Weygand; la asistente y amante de Jouhaux; y Christiane Mabire, secretaria de 31 años (y futura esposa) de Reynaud, de 67 años.

Durante su cautiverio, las personalidades francesas se segregaron rápidamente por tendencias políticas, evitándose en la medida de lo posible dentro de los límites del castillo. Incluso acostumbraban a comer en mesas separadas en el pequeño comedor. Cuando se veían obligados a relacionarse, los intercambios entre estos personajes, antaño poderosos y aún resentidos, eran acalorados; ¡y qué perverso placer sentían sus captores con las disputas intestinas de estos VIP!

Este fue el elenco de personajes tan francés que Lee y su fuerza de rescate encontraron en el castillo de Itter, y el oficial estadounidense aún estaba intentando

calmar a todo el mundo cuando se desató el infierno: la unidad de las Waffen-SS a la que se había ordenado tomar el castillo lanzó un furioso ataque con artillería y armas ligeras. Este es el punto crucial de *La última batalla*, el combate de 24 horas de duración que enfrentó a la pequeña fuerza de rescate de Lee (ayudada por aquellos prisioneros franceses dispuestos a dejar de lado sus disputas y coger un arma) contra los repetidos asaltos de las tropas de las Waffen-SS decididas a matar a todo el mundo en la fortaleza medieval.

¿Tuvieron éxito? ¿Quién sobrevivió y quién murió? ¿Quiénes fueron los héroes y quiénes los villanos? *La última batalla* responde a todas estas preguntas con un estilo apasionante, convirtiéndose en una historia poco común: un relato de aventuras bélicas que cautivará la imaginación y el interés de lectores de todos los géneros.

LAS RAZONES DEL AUTOR PARA ESCRIBIR LA ÚLTIMA BATALLA

Como autor especializado en la historia de la Segunda Guerra Mundial, siempre me ha interesado encontrar y contar pequeñas historias relacionadas con grupos relativamente pequeños de personas. Pero aunque los acontecimientos sean pequeños, siempre intento encontrar la forma de que ilustren los aspectos más amplios y generales del conflicto. Siempre que es posible, intento encontrar y entrevistar a las personas directamente implicadas en la historia, o a sus descendientes, y trato de encontrar y utilizar tantos documentos originales como sea posible. También intento visitar el lugar donde tuvo lugar la historia, ya que eso me da una idea muy real del terreno, las estructuras y otras características importantes.

Conocí la historia de la batalla del castillo de Itter hace más de 40 años, cuando trabajaba como historiador en el Centro de Historia Militar del Ejército de Estados Unidos, en Washington D.C. Sabía que daría para un gran libro, pero el trabajo, la familia y otros proyectos me impidieron iniciar la investigación necesaria durante más de una década. Afortunadamente, al final pude localizar y entrevistar a los pocos participantes supervivientes, tanto en Europa como en Estados Unidos, y también encontré un tesoro de documentos oficiales, cartas y artículos de prensa. Después solo fue cuestión de encontrar tiempo para sentarme a escribir el libro.

Sólo surgieron dos polémicas tras la publicación del libro.

La primera se refería a las penas impuestas en la posguerra a varias personalidades francesas detenidas en el castillo de Itter. Algunos comentaristas dijeron que mi descripción de algunos de los prisioneros franceses no era lo suficientemente dura, teniendo en

cuenta que habían colaborado activamente con los nazis antes de ser encarcelados. Otros, en cambio, dijeron que fui demasiado duro con algunos prisioneros, ya que al final fueron encarcelados por los nazis. Creo que mis descripciones de todos los VIP franceses fueron justas y precisas.

La segunda controversia se refería al comandante Josef «Sepp» Gangl, el oficial de la Wehrmacht que se unió al capitán Jack Lee para defender el castillo de Itter contra las Waffen-SS. Algunos comentaristas dijeron que mi descripción de Gangl era «demasiado comprensiva», dado que había luchado contra las tropas aliadas en Normandía y después. Sin embargo, yo señalé que Gangl nunca había sido miembro del partido nazi, que se había desvivido por proteger a los civiles austriacos contra la Gestapo y las SS y que, en última instancia, había dado su vida para proteger a las personalidades francesas en el castillo de Itter. Creo que mi descripción de Gangl –y de los soldados alemanes que dirigió durante la lucha por el castillo de Itter– es exacta y justa.

CAPÍTULO A CAPÍTULO

Capítulo 1: Una fortaleza de montaña

Este capítulo comienza con la historia de Schloss Itter, desde su fundación en el año 902 hasta el inicio de nuestra historia. Trata de los residentes del castillo a principios del siglo XX y de su evolución hasta convertirse en un exclusivo hotel, para luego detallar su requisición por los nazis. El capítulo también aborda la conversión de la estructura en una prisión nada austera para *ehrenhäftlinge*, «prisioneros de honor» a los que los alemanes consideraban lo bastante famosos, poderosos o potencialmente valiosos como para mantenerlos con vida y en condiciones relativamente decentes. Examinamos brevemente la absorción de Austria por el Tercer Reich y explicamos por qué el castillo interesaba tanto a Adolf Hitler como a Heinrich Himmler. A continuación, pasamos a las biografías del brutal comandante de las SS del castillo, Sebastian Wimmer, y de algunos de sus subordinados. Tras presentar a Zvonimir Čučković, el ingenioso prisionero político yugoslavo que se convierte en una pieza clave en la acción posterior en Schloss Itter, el capítulo se cierra con la llegada de los primeros cautivos VIP franceses.

Capítulo 2: Primeras llegadas

Una vez completada la conversión de Schloss Itter en una prisión VIP, llegan los tres primeros cautivos: Édouard Daladier, Général Maurice Gamelin y Léon Jouhaux. En este capítulo examinamos la vida de cada uno de ellos y las razones de su encarcelamiento, además de explorar el modo en que las interacciones de

estos prisioneros iniciales entre sí y con sus captores de las SS marcan la pauta de la vida dentro de la fortaleza austriaca.

Capítulo 3: Todos los prisioneros

Aunque todos los prisioneros VIP permanentes de Schloss Itter eran franceses, no podían ser más diversos políticamente ni tener peor carácter. Este capítulo ofrece una breve biografía de cada uno de los otros once cautivos –cuatro de ellos mujeres– y pone en contexto los puntos de vista políticos, militares y morales radicalmente diferentes que causaron tanta fricción entre ellos. Exploramos las razones de los nazis para reunir a los cautivos en ese lugar concreto y examinamos las formas en que el comandante del castillo trató de manipular a todos los «prisioneros de honor».

Capítulo 4: Un peligro creciente

El declive de la suerte alemana en el campo de batalla lleva la guerra –y el avance de las fuerzas aliadas– a los muros de Schloss Itter. En este capítulo se examina la situación militar en el sur de Alemania y Austria en 1945, se describen las fuerzas enfrentadas y se explica la importancia de la resistencia antinazi austriaca. Presentamos a los miembros individuales de la resistencia que desempeñarán papeles vitales durante la posterior batalla por el castillo, y trazamos las formas en que el comportamiento cada vez más errático del comandante Wimmer pone en peligro no solo a las personalidades francesas, sino también a Čučković y a los demás «prisioneros de número», menos de una docena de reclusos de campos de concentración llevados a Schloss Itter únicamente para servir como peones y sirvientes.

Capítulo 5: Hellcats en marcha

El capítulo comienza con la 12.^a División Acorazada estadounidense (los «Hellcats») cruzando la frontera germano-austriaca cerca de Kufstein, a unos 30 km del castillo de Itter. A continuación, retrocedemos para examinar la formación de la división en Estados Unidos, su entrenamiento, su despliegue en Europa y sus primeros enfrentamientos con el enemigo. La batalla de Herrelshheim, en enero de 1945, es especialmente importante; el pequeño pueblo alsaciano fue el escenario de un fuerte contraataque alemán contra el avance del Séptimo Ejército estadounidense, parte de un grupo de ataques conocidos colectivamente por los alemanes como Operación Nordwind (Viento del Norte). Nos centramos en la batalla porque fue allí donde Jack Lee se convirtió en el comandante de la Compañía B del 23.^o Batallón de Tanques, la unidad de la que más tarde sacaría hombres para el rescate del castillo de Itter.

Capítulo 6: Tanquistas a toda prueba

En este capítulo conocemos a Jack Lee, el hombre que dirigiría el rescate del castillo de Itter. Repasamos sus primeros años de vida privilegiada en el norte del estado de Nueva York, sus años como estrella del fútbol universitario, la llegada de la guerra y su alistamiento. A continuación presentamos a otros personajes que desempeñarán papeles vitales en el rescate del castillo de Itter: el teniente Harry Basse, buen amigo de Lee y subcomandante de las tareas de rescate; los tripulantes de los diversos tanques implicados; los cuatro fusileros del 142º Regimiento de Infantería a los que Lee recluta para el rescate; y los oficiales superiores clave del 23º Batallón de Tanques. El capítulo termina con la llegada de Lee y la Compañía B a Kufstein.

Capítulo 7: Un futuro incierto

Las cosas se van al infierno en el castillo de Itter a medida que la guerra toca a su fin. Este capítulo describe la confusión y la ansiedad de los prisioneros franceses tras la llegada a Itter del SS Obersturmbannführer Eduard Weiter, el famoso comandante de Dachau. Huyendo de la persecución de las fuerzas aliadas, Weiter y su séquito de matones buscan refugio en el castillo austriaco, y los prisioneros franceses temen por sus vidas. Los temores disminuyen sólo ligeramente después de que Weiter se suicida, ya que el comandante Wimmer pasa la mayor parte del tiempo borracho y furioso. Entonces, de repente, Wimmer y los guardias del castillo huyen. Los prisioneros, ahora solos, saben que aún no están a salvo. Por todas partes hay grupos itinerantes de fanáticos soldados de las Waffen-SS; los franceses VIP se arman con armas de la armería del castillo, pero se dan cuenta de que deben avisar a la unidad americana más cercana. Piden a dos de los «prisioneros de número», Čučković y Andreas Krobot, que salgan en bicicleta en busca de ayuda.

Capítulo 8: Diseñando un rescate

El capítulo comienza con Čučković y Krobot pedaleando a través de zonas infestadas de enemigos, en busca de estadounidenses que avanzan. Luego cambiamos el enfoque a los miembros de la Resistencia austriaca en la cercana ciudad de Wörgl - Krobot ha llegado con la petición de ayuda de los VIP franceses. El oficial alemán «Sepp» Gangl también llega a Wörgl, sorprendiendo a los miembros de la Resistencia con su oferta de ayuda. Mientras Gangl y los miembros de la Resistencia forjan un plan, Čučković se encuentra con elementos de cabeza del 103º Regimiento de Infantería

estadounidense, a los que acompaña el corresponsal de guerra Meyer Levin (que llegó a convertirse en el autor de best-sellers internacionales). La unidad inicia inmediatamente su propia carrera hacia el castillo de Itter, pero se ve frenada por repetidos tiroteos con tropas de las Waffen-SS. Tras llegar a las líneas estadounidenses en Kufstein bajo bandera blanca, Gangl informa a Lee y a su comandante de la situación en Itter. Lee reúne su fuerza de rescate y seguimos el avance del equipo hasta su llegada a la puerta principal del castillo.

Capítulo 9: Un castillo asediado

Vemos las primeras interacciones entre franceses, estadounidenses y alemanes «domesticados», y su reacción al ataque inicial de las Waffen-SS al castillo. Se suceden los cortes entre la lucha cada vez más desesperada por el castillo (los defensores están en inferioridad numérica y la munición escasea) y el decidido avance de elementos de las divisiones de infantería 36ª y 103ª. A medida que estos elementos corren hacia el castillo, encuentran frecuente resistencia de las SS, pero finalmente consiguen llegar a Wörgl, donde pueden establecer contacto telefónico con Lee. La caballería está en camino, pero ¿llegarán a tiempo?

La lucha por el castillo se recrudece: las tropas de las SS abren fuego con un cañón de 88 mm y cohetes antitanque Panzerfaust, intentando abrir agujeros en los enormes muros del castillo. Lee esboza un plan de defensa de última hora «positivamente medieval»: Si las tropas de las SS consiguen atravesar el muro principal, los defensores se retirarán al torreón del castillo, obligando al enemigo a luchar por cada planta de la enorme estructura de piedra. Gangl es asesinado; la situación es cada vez más grave y los atacantes de las SS presienten la victoria. Justo cuando están a punto de arrollar a los últimos defensores, los rescatadores llegan en masa. Las tropas de las SS ponen fin a su ataque y la batalla por el castillo de Itter ha terminado.

Capítulo 10: Secuelas

Este capítulo traza la historia posterior a la batalla de cada uno de los personajes principales -franceses, estadounidenses, «prisioneros de número» y alemanes- y los efectos que el castillo de Itter y la batalla tuvieron en sus vidas. Abarcamos la historia de posguerra del Castillo de Itter hasta nuestros días, y terminamos con un análisis reflexivo del lugar único que ocupa el relato en la historia más amplia de la Segunda Guerra Mundial.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Preludio

CAPÍTULO 1
Un bastión de montaña

CAPÍTULO 2
Los primeros en llegar

CAPÍTULO 3
Amantes, amigos y rivales

CAPÍTULO 4
Un peligro creciente

CAPÍTULO 5
Un futuro incierto

CAPÍTULO 6
Carristas al rescate

CAPÍTULO 7
Un castillo sitiado

CAPÍTULO 8
Consecuencias

Bibliografía
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



UN BASTIÓN DE MONTAÑA

El castillo que muy pronto ocupó un lugar tan destacado en la vida de «Jack» estaba a unos 18 kilómetros por carretera al sudoeste del punto donde el joven oficial estaba sentado sobre su carro de combate. *Schloss Itter*, como se denomina en alemán, se alza sobre una cresta que domina la entrada del valle austriaco de Brixental. La estructura, que se extiende sobre un barranco, dispone de un pequeño puente que comunica el castillo con la falda de la montaña. La localidad de Itter se extiende al este del castillo. Situada unos 700 metros sobre el nivel del mar, está enclavada a los pies del Hohe Salve, una cumbre de 2000 metros de la región alpina media conocida históricamente como el Tirol.

Aunque durante las horas siguientes esto no les importaría demasiado a Lee y a sus hombres, el castillo de Itter tenía una larga, compleja y, a menudo, violenta historia. La región circundante lleva habitada desde por lo menos la Edad del Bronce media (1800-1300 a.n.e.) y el hecho de que los valles de los ríos Eno y Brixentaler Ache proporcionen una ruta de acceso bastante llana y directa entre Europa central y la península italiana garantizó que el Tirol fuera escenario de numerosos choques armados. La región, conquistada por Roma en el año 15 a.n.e., fue invadida, sucesivamente, por ostrogodos, tribus germánicas y por los francos de Carlomagno. En el siglo IX, el Tirol pasó a ser dominio de los bávaros, quienes construyeron sobre la colina del futuro castillo de Itter dos recios torreones de piedra rodeados por un muro. En 902, un tal conde Radolt transfirió la propiedad del puesto fortificado a la diócesis católica de Ratisbona.

Para proteger mejor la expansión de sus dominios tirolese –y, por supuesto, recaudar más impuestos diocesanos– el obispo de Ratisbona, Totu, ordenó reemplazar los torreones y la muralla por una fortaleza más sólida. Sin embargo, la edificación de un castillo completo solía ser una labor lenta y con frecuentes interrupciones. Hizo

falta más de un siglo para terminarlo. En 1239, Rapoto III de Ortenburg, conde palatino de Baviera, tomó la fortaleza a causa de sus rencillas con Siegfried, obispo de Ratisbona en aquellos tiempos. Este último capturó a Rapoto en 1240 y, para recuperar la libertad, el noble derrotado tuvo que ceder al obispado de Ratisbona muchas propiedades en Baviera y el Tirol. Entre las propiedades transferidas a Siegfried figuraba el castillo de Itter y la aldea que surgió extramuros; los nombres de ambas, la fortaleza y la aldea, aparecen por primera vez en las fuentes escritas en 1241.

Los obispos de Ratisbona, pacíficos hombres de Dios sobre el papel, también eran príncipes del Sacro Imperio Romano Germánico. En su rol de gobernantes temporales, los obispos solían aplicar mano dura y mostraban una innecesaria severidad. El castillo de Itter sirvió, en muchas ocasiones, de base para las expediciones punitivas de los obispos contra sus súbditos, que vivían sometidos a una amarga opresión. Aunque el Tirol pasó a dominio Habsburgo en 1363, tanto el castillo como la aldea circundante de Itter siguieron bajo el control del obispado de Ratisbona hasta 1380, año en que el obispo Conrado IV de Haimberg los vendió al arzobispo de Salzburgo –Peregrino II de Puchheim– a cambio de 26 000 florines húngaros.

Saqueado y parcialmente destruido durante el alzamiento campesino tirolés de 1515-1526, el castillo de Itter empezó a reconstruirse a partir de 1532. En los últimos años del siglo XVI, la fortaleza albergó un tribunal eclesiástico encargado de reprimir la brujería en la región. Las leyendas locales explican que la última bruja quemada en el Tirol pereció en 1590 en una pira erigida en el patio de armas del castillo. Fue también más o menos en esa época –y es muy probable que por orden de los responsables de erradicar la brujería– cuando se grabó, en alemán, la célebre cita de la *Divina comedia* de Dante sobre la entrada abovedada del castillo de Itter: «Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis».

Encumbrado sobre una colina que domina la entrada al valle del Brixental de Austria, el castillo de Itter aparece por vez primera en los documentos históricos en el año 1241. Dañado, reconstruido y ampliado a lo largo de los siglos, antes de su conversión en 1941 en prisión para vips había servido, sucesivamente, de fortaleza militar, vivienda privada y hotel *boutique*. Colección del autor.



CAPÍTULO 2

LOS PRIMEROS EN LLEGAR

En el centro, corpulento, robusto y combativo, Édouard Daladier, a sus 61 años, era el más joven de los tres vips cuya llegada al castillo de Itter, el 2 de mayo de 1943, significó la apertura oficial del castillo como prisión. National Archives.

La sorpresa de «Zvonko» Čučković al ver a los tres hombres que se bajaron del Mercedes de Estado Mayor en el patio del castillo era comprensible. Aunque el croata llevaba dieciséis meses recluido en diversas prisiones alemanas, reconoció enseguida a los recién llegados –Édouard Daladier, el general Maurice Gamelin y Léon Jouhaux– porque sus rostros habían aparecido a menudo en las portadas de los diarios de toda Europa antes incluso del estallido de la contienda en 1939.

El hecho de que estuviera viendo a tres de los hombres más influyentes de la Francia de preguerra en manos de las SS era mucho más inquietante que su propio arresto. Aunque Čučković ignoraba los detalles de cómo habían llegado a ser presos, estaba convencido de que su viaje desde los salones de poder en París a las estancias del castillo de Itter, sin duda más frías e inhóspitas, no había sido fácil.

A sus 61 años, Édouard Daladier, corpulento, fornido y combativo, era el más joven del trío de recién llegados. Posiblemente, uno de los políticos de Francia más importantes y destacados en los años desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta el estallido de la Segunda. Nació en 1884 y era hijo de un panadero. Inteligente y ambicioso, empezó a trabajar como profesor de historia. En 1912, con 28 años, dio el salto a la política. Ese año logró su primer cargo electo: alcalde de Carpentras, su localidad natal, próxima a Aviñón, en el departamento de Vaucluse, en el sudeste mediterráneo de Francia. La Primera Guerra Mundial interrumpió su ascenso político, en la cual conoció cuatro años de brutal guerra de trincheras, primero como recluta y más adelante como oficial condecorado.

Tras el armisticio, Daladier volvió a la política, donde ocupó una serie de cargos de creciente importancia en el Partido Radical Socialista, de tendencias izquierdistas. En 1927 le nombraron jefe del partido y ostentó cargos ministeriales en varios Gobiernos de entreguerras; entre otras, las carteras de Asuntos Exteriores y Defensa. Desde esta última posición abogó a favor de la reforma y moder-



nización del Ejército francés, labor que continuó después de ser nombrado primer ministro en enero de 1933. Su ejecutivo, sin embargo, apenas duró nueve meses y fue barrido del poder por su incapacidad de aplicar una política coherente que hiciera frente a los efectos persistentes de la Gran Depresión. El segundo mandato de Daladier como primer ministro, iniciado el 30 de enero de 1934, se prolongó menos de dos semanas a causa de su firme respuesta, el 6 de febrero, a los disturbios antiparlamentarios de París. Estos, organizados y dirigidos por grupos de derechas, se saldaron con 16 muertos y miles de heridos.

Aunque la respuesta de Daladier a los desórdenes provocó la caída de su Gobierno, las algaradas callejeras y la amenaza fascista que estas implicaban le llevó a integrar el Partido Radical Socialista en una coalición de izquierdas junto con el Partido Comunista y sus sempiternos rivales, los socialistas. Conocido como el Frente Popular, la alianza ganó el poder en las elecciones de 1936 y el líder socialista, Léon Blum, asumió el cargo de primer ministro. Este nombró a Daladier ministro de Defensa Nacional y Guerra, puesto que desempeñó hasta la dimisión de Blum, en junio de 1937. Durante el breve retorno de Blum al puesto de primer ministro, entre marzo y abril de 1938, Daladier volvió a ser su ministro de Defensa Nacional y Guerra. El rápido hundimiento del segundo gabinete de Blum impulsó al presidente francés, Albert Lebrun, a acudir a Daladier, que inició su tercer y último mandato de primer ministro el 10 de abril de 1938.

CAPÍTULO 4

UN PELIGRO CRECIENTE

En enero y febrero de 1945, la *Volks-Werfer-Brigade 7* participó en la fallida defensa de Sarrebruck contra el 7.º Ejército de Alexander Patch, una acción en la que «Sepp» Gangl volvió a ser condecorado por extrema bravura en combate. Aunque los detalles de su heroísmo se han perdido para la historia, sabemos que lo condecoraron con la Cruz Alemana en oro el 8 de marzo. Días más tarde, Gangl fue ascendido a *Major* y recibió el mando del *II. Abteilung* de su regimiento, si bien en ese momento la unidad apenas sumaba los efectivos de una batería. Gangl no tuvo mucho tiempo de saborear el ascenso, pues, des-



Soldados de la 17. *SS-Panzergrrenadier-Division «Götz von Berlichingen»*, unidad de élite, se toman un respiro de los intensos combates que siguieron al desembarco aliado de junio de 1944 en Normandía. Menos de un año más tarde, formaciones de esta unidad *Waffen-SS* sitiaron el castillo de Itter. National Archives.

de entonces, la maltrecha brigada –reducida a la mitad de sus efectivos, con escasos vehículos en funcionamiento y sin lanzadores– estuvo en retirada casi permanente. Viajando solo de noche para evitar a los omnipresentes aviones aliados, la *Volks-Werfer-Brigade 7* marchó sin descanso en dirección sudoeste. Hacia la primera semana de abril, lo que quedaba de la unidad estaba dispersa por Baviera, en la región de Peißenberg, la localidad natal de Gangl. La formación había dejado de ser una fuerza de combate cohesiva, de modo que su jefe, el *Generalmajor* doctor Kurt Paape, la dividió en batallones independientes y ordenó a los respectivos comandantes que llevaran a sus hombres al Tirol austriaco y ofrecieran sus servi-

cios a quien fuera que estuviera organizando la defensa de la fortaleza alpina.

Aunque no sabemos con certeza la ruta que siguieron «Sepp» Gangl y la treintena de hombres que ahora conformaba todo su batallón para llegar a Austria, parece probable que el rápido progreso de las unidades estadounidenses por la Baja Baviera impuso un movimiento inicial directo al este, de Peißenberg a Bad Tölz, para luego girar al sur a lo largo del valle del río Isar. Al cabo de unos 20 kilómetros, en el punto donde el Isar fluye al norte, desde el Sylvensteinsee (lago Sylvenstein),

Gangl y sus hombres habrían girado al este y se habrían adentrado en Austria. Una vez al otro lado de la antigua frontera de 1938, se desplazaron con rumbo sur por el valle de Achental, siguiendo la orilla este del río, y entraron en el valle del Eno por Jenbach. A mediados de abril, recién llegados al Frente Alpino, Noroeste de Von Hengl, Gangl y los escasos supervivientes de su *II. Abteilung* fueron encuadrados en el *Gefechtsgruppe Giehl*, cuyo puesto de mando se hallaba, en ese momento, en Wörgl.

Los más probable es que nunca sepamos con certeza si «Sepp» Gangl llevó a sus últimos soldados a Austria con la intención de sumarse al postrer combate a la desesperada contra los estadounidenses, o si solo buscaba un lugar remoto y seguro donde dejar pasar, él y sus hombres, las últimas semanas de la contienda. Tampoco podemos estar seguros de si el oficial de artillería de la *Wehrmacht* –un militar de carrera tres veces condecorado en combate por su valentía contra los enemigos de la nación– había creído nunca en el Führer; al cual había hecho un solemne juramento de obediencia. No obstante, podemos inferir mucho del verdadero carácter de Gangl del hecho de que, pocos días después de su llegada a Wörgl, contactara con la célula de resistencia de Alois Mayr y que le ofreciera tanto armas como su apoyo sin reservas. Era un acto de flagrante traición contra el Führer y contra la patria, que, en esta fase de la guerra, no solo se castigaba con la muerte del propio Gangl, sino también con la de su mujer e hijos.

Así pues, pese al riesgo para sus seres queridos y para él mismo, «Sepp» Gangl tomó la decisión que, al cabo de pocas semanas, le llevó a exponer su vida a un peligro directo aún mayor; con el objetivo de salvar a un mal avenido grupo de vips franceses encerrados en un castillo de cuento de hadas.

CAPÍTULO 6

CARRISTAS AL RESCATE



Un carrista coloca proyectiles del cañón principal en los estantes «mojados» de almacenamiento de municiones en el suelo de un «Easy 8». El sistema estaba diseñado para evitar que los proyectiles de 76 mm del *Sherman* detonaran en caso de que el fuego enemigo perforara el casco del carro. Esta característica tuvo extrema importancia para *Bessotten Jenny* durante la batalla del castillo de Itter. U.S. Army photo, cortesía de Steven Zalog.

Aunque la misión de vanguardia encajaba bien con la naturaleza agresiva y pirática de Lee, podemos estar seguros de que al menos algunos de los hombres que servían a sus órdenes no sentían gran entusiasmo por ir «en primera línea». El suicidio de Hitler el 30 de abril y la evidente desintegración de las fuerzas armadas germanas indicaba, de modo inequívoco, que el fin de la guerra en Europa era inminente y nadie quería ser el último en perecer en «Krautlandia». Los hombres de la Fuerza de Operaciones Lee, en consecuencia, recibieron con alegría las noticias que les transmitió su joven y audaz capitán –lo habían ascendido el 1 de mayo– poco después de detenerse en Kufstein a las 15.25 h de la tarde del 4 de mayo. Tras comunicar por radio al jefe de batallón Clow que la agrupación estaba en la localidad y que no había hallado oposición, Lee recibió orden de «sostener posiciones», pues el CCR estaba en proceso de entregar la responsabilidad de Kufstein y la región circundante a la 36.ª División de Infantería. Era muy posible que durante las veinticuatro horas siguientes se acordara un alto el fuego en todo el teatro de operaciones. Por tanto, Lee recibió instrucciones de establecer posi-

ciones defensivas, entablar combate con las unidades alemanas solo si estas abrían fuego y esperar a que los relevaran las unidades del 142.º Regimiento de Infantería de la 36.ª División.

El júbilo desbordó a los hombres de la fuerza de operaciones cuando Lee comunicó la noticia. Al parecer, la guerra había terminado a todos los efectos y seguían vivos. Aunque Lee les advirtió de que no bajaran la guardia, muchos sacaron botellas «liberadas» de *schnapps* o vino de las mochilas o de escondites en los vehículos y empezaron a brindar. Hubo muchas risas y palmadas en la espalda por toda la columna mientras los *Joes* establecían posiciones defensivas. Sin embargo, la repentina llegada a primera línea de un oficial de la *Wehrmacht* enarbolando bandera blanca atenuó la alegría. La noticia de la aparición del alemán recorrió de punta a punta la columna estadounidense y cuando «Jack» Lee se escabulló en la torreta de su carro para usar la radio, los soldados que estaban más cerca, y que conocían mejor al joven capitán estadounidense, contuvieron el aliento.

Al verlo asomar con una sonrisa traviesa en el rostro, comprendieron, descorazonados, que su guerra aún no había acabado del todo.

UN CASTILLO SITIADO

Poco después de las 4 de la madrugada, «Jack» lee se despertó sobresaltado con el súbito golpeteo de los M1 Garand, el crujido seco de los Kar-98 y el repicar mecánico de una 7,62 mm que escupía balas en ráfagas breves y contenidas. Su instinto le dictó que el *crescendo* de fuego procedía de la casa de guardia; saltó del catre, agarró el casco y la M3 y salió a toda prisa de la habitación.

El joven carrista corrió por el pasillo, cruzó el gran salón y salió por la puerta delantera. Al llegar al arco de entrada del *schlosshof* que conectaba la terraza con el patio frontal, una ametralladora MG-42 abrió fuego desde algún punto del cerro paralelo al este del castillo. Su característico sonido rasgado se oía con claridad por encima del fuego defensivo y sus trazadoras parecían un torrente rojo ininterrumpido que, dibujando un arco sobre el barranco, rebotaban contra el muro inferior del castillo. Casi de inmediato, el redoble más lento y profundo de la 12,7 de Besotten Jenny respondió al arma germana y cuando Lee recorría los últimos metros hasta la casa de guardia, pudo ver las trazadoras de la M2 clavar en los árboles próximos al punto donde debía estar la MG-42. Esto silenció de inmediato al arma ale-

mana, cuya dotación de dos hombres no dudó en correr a refugiarse del mortífero torrente de balas, grandes como pulgares, de la Browning.

La gran Browning seguía escupiendo fuego cuando Lee llegó a la puerta interior. Abrió de golpe la portezuela de madera que conducía hasta la torre de guardia del lado oeste de la casa de guardia. Iluminándose con su linterna de luz roja, subió a la carrera por la escalera circular de piedra hasta llegar a la primera aspillera, desde donde Sutton descargaba sistemáticamente balas con su M1. Para sorpresa de Lee, el infante no tiraba al otro lado del barranco, sino hacia abajo, apuntando a la oscuridad al oeste de la torre. En respuesta a los gritos de Lee, Sutton dijo haber visto a cuatro soldados que parecían haber cortado la alambrada –creía que eran *Waffen-SS*, aunque solo con la luz de la luna era difícil estar seguro– corriendo cuesta arriba los 10 o 12 metros de distancia hasta el muro de cimentación. Parecían llevar ganchos de escalada y cuerdas, pero los vio antes de que pudieran usarlos. Cuando abrió fuego contra el enemigo, dijo Sutton, se escabulleron cuesta abajo bajo fuego de cobertura procedente de la arboleda y se pusieron a cubierto.

Soldados afroamericanos de la Compañía D del 17.º Batallón de Infantería Acorazada evacuan a civiles alemanes de una ciudad recién capturada. Aunque la mayoría de los relatos de la acción del castillo de Itter afirma que «Jack» Lee tomó varios efectivos de la Compañía D para participar en la misión de rescate, la investigación del autor ha demostrado que los cuatro soldados de infantería estadounidense que iban a bordo del carro de Lee y que ayudaron a defender el castillo procedían, en realidad, de la 2.ª Sección, Compañía E, 2.º Batallón, 142.º Regimiento de Infantería. Todos eran blancos. U.S. Army photo, cortesía de Steven Zaloga.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 8

CONSECUENCIAS

Al tiempo que los infantes del capitán Joe Gill establecían con rapidez un perímetro de seguridad en torno al castillo de Itter, el comandante del 142.º Regimiento de Infantería, George Lynch, ordenó a John Kramers llevar a los parlanchines y gesticulantes vips franceses y a los prisioneros numerados ya libres de vuelta al patio delantero del castillo. La jubilosa muchedumbre cruzó los portales de la casa de guardia mientras Meyer Levin y René Lévesque iban de persona en persona tomando declaraciones y Éric Schwab fotografiaba a civiles y militares.

«Jack» Lee, muy cansado, se presentó ante Lynch y saludó. Hizo un gesto a los vips franceses, que se dedicaban a agradecer efusivamente a «Zvonko» Čučković y a Andreas Krobot sus valerosas escapadas, y dijo: «Lléveselos, coronel. Son todo suyos». Lynch sonrió y se disponía a responder cuando Čučković, al ver a Kurt-Siegfried Schrader con su uniforme de las *Waffen-SS*, dio un grito y corrió hacia el sorprendido oficial como si fuera a agredirlo. Krobot se interpuso entre ambos hombres y contuvo al croata; le explicó que el alemán había ayudado «con su vida» a proteger a los vips franceses. Čučković, algo menos enfadado, se alejó y Schrader se dirigió a Lynch. Con un saludo mucho más marcial que el de Lee, el alemán le comunicó que tenía el placer de hacerle entrega formal de los exprisioneros franceses, que habían permanecido «bajo su protección».

Por supuesto, proteger a los vips liberados también figuraba entre las primeras prioridades de Lynch –todavía había unidades enemigas en la zona y no se había declarado aún ningún alto el fuego oficial– y tenía orden del general de división McAuliffe de trasladar a los exprisioneros lo antes posible al puesto de mando de la 103.ª División de Infantería en Innsbruck. Por mediación de Kramers, Lynch ordenó a los franceses volver a sus habitaciones, recoger solo lo que pudieran llevar en el equipaje de mano y reunirse en el gran salón del castillo mientras organizaba la primera etapa del viaje de regreso a Francia.

Aunque estaban entusiasmados por haber sido rescatados, los vips no estaban dispuestos a olvidar las enemistades, rivalidades y mezquinas disputas que habían caracterizado su estancia en el castillo de Itter. Mientras se dirigían al gran salón con las maletas, varios aprovecharon la oportunidad para comunicarle a Kramers sus quejas. Como escribió Meyer Levin:

Algunos de ellos criticaron a otros internos por mostrarse demasiado amistosos con el comandante alemán de Itter. El comandante Kramers se dio cuenta de que algunos de los internos parecían tan contentos de haber sido liberados de la compañía de los demás, como lo estaban de haber sido liberados del cautiverio.



Un policía militar del 7.º Ejército conversa con (de izquierda a derecha) Léon-Jouhaux, François de La Rocque, Jean Borotra y Marcel Granger tras haber sido rescatados. National Archives.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

